

Claude Mauriac

Albert Camus (*)



EN UN RECIENTE ensayo dedicado a la juventud de Maurice Barrès, el profesor Henri Mondor recuerda que Albert Camus es uno de los raros escritores actuales que pagaron al autor del *Jardín de Berenice* su deuda de gratitud. Descubrimos, en efecto, en textos más o menos antiguos de Camus, y en una forma perfecta en su última obra *La Chute*, esta suntuosidad del verbo y a la vez un sencillo rigor que no dejan de recordar a aquél a quien Marcel Proust decía: "En lo que usted escribe hay ciertos cambios de tono, que sólo existen en la música". Estilo tan bien definido por Henri Mondor, en lo que concierne a Barrès: bello vocabulario, magia de las sílabas, imágenes fuertes, riqueza de sintaxis y de tonos, utilización turbadora del misterio, dulzura extrema de las cantilenas, familiaridades pintorescas, fuerza brusca de las réplicas, abreviaturas e insolencias justicieras" (1). Esto da por resultado en Camus, lo mismo que en Barrès (y a menudo de una manera azorante en *L'Été*), cierto exceso de literatura, sin duda (en el sentido despectivo de la palabra), pero que, a pesar de

(*) Con motivo de haber obtenido Albert Camus el Premio Nobel de Literatura, publicamos como homenaje al gran escritor este importante texto de Claude Mauriac.—N. de la R.

(1) Henri Mondor: *Maurice Barrès avant le Quartier Latin*. Ed. Ventadour.

su orquestación, si no es por causa de ella, alcanza en *La Chute* una calidad poco frecuente. No obstante, son aún trozos de valentía, que su misma perfección y su carácter antológico prematuro ofrecen quizá con exceso a la admiración. Ejercicios de un virtuoso que se encanta con sus propios dones, que son las únicas atenuaciones a un rigor de comportamiento, cuya tensión no se afloja más que para esos pasajes y esos veniales abandonos verbales. Con las confesiones verdaderas, reconocía ya Maurice Barrès, quedan mezcladas en mi obra demasiadas páginas para hacer número y poder decir: "Pensando en todo esto cómo me desprecio". Estas últimas palabras son también del puro estilo de Camus. De un Camus nuevo, capaz de un humor cruel para consigo mismo, y que cesa de tomarse en serio: el Camus de *La Chute*.

El autor del *Mythe de Sisyphe* apuntaba ya, en ciertas páginas de *L'Été*, especialmente en el capítulo titulado "L'Enigme", su decepción al verse encerrado en su filosofía del absurdo por sus admiradores o los que pretenden serlo: "Sin embargo, ¿qué otra cosa he hecho yo, si no razonar sobre una idea que he encontrado en las calles de mi tiempo? Es indudable que yo he alimentado esta idea (y que una parte de mí mismo la alimenta todavía), a la vez que toda mi generación. Únicamente que yo he tomado en su presencia la distancia necesaria para tratar de ella y decidir en cuanto a su lógica. Todo lo que he podido escribir después lo demuestra bastante. Pero es más cómodo explotar una fórmula que un matiz. Se ha escogido la fórmula, y yo sigo absurdo como antes". Y esta reacción de descontento, si no de exasperación, ha cedido el lugar en *La Chute* a un sentimiento más mesurado y al mismo tiempo más profundo. Casi doloroso. Es cierto que encontramos aun en las primeras páginas que esto corresponde al estilo de Camus de otro tiempo, seguro de sí mismo y que adopta fácilmente una actitud de superioridad. "Cuando se ha meditado mucho acerca del hombre, por oficio o por vocación, sucede que se siente la nostalgia de los primates. Al menos, ellos no tienen segundas intenciones". Leyendo la continuación, descubrimos que ya no se trata de lo que piensan ni de lo

que dicen de él unos lectores más o menos simpatizantes, cuando no son indiferentes. Esas segundas intenciones molestas las descubre en sus amigos: “*Un hombre como usted...* me decían amablemente, y yo palidecía. Yo ya no quería su estima, desde el momento en que no era una estima general...” Interrumpo aquí un instante la cita. Hay que insistir sobre el Camus a quien asombran, decepcionan y apenas sus amigos. Esos amigos, de los que tiene, como cada uno de nosotros, tanta necesidad en ciertos momentos en que precisamente ellos no están a nuestro lado.

“Sobre todo, no crea usted que sus amigos le telefonean todas las noches, como deberían hacerlo, para saber si no es precisamente ésta la noche en que usted decide suicidarse, o más sencillamente, si no tiene necesidad de compañía, si no está en disposición de salir. Pero no; si telefonean, puede usted estar tranquilo; será la noche en que no está usted solo o en que la vida le sonríe. El suicidio, más bien le impulsarían a él, en virtud de lo que según ellos usted se debe a sí mismo. Que el cielo nos guarde, querido señor, de que nuestros amigos nos sitúen demasiado alto”.

Y más adelante: “He comprendido que no tenía amigos. Por lo demás, si los tuviera, no sería una gran ventaja. Si hubiera podido suicidarme y ver después la cara que ponían, entonces sí que hubiera valido la pena esta broma”. Ahora podemos terminar la frase precipitada, que nos hacía penetrar demasiado en el conocimiento de un nuevo Camus: “Yo ya no quería su estima, puesto que era una estima general, y, *¿cómo hubiera podido ser general, si yo no podía compartirla?*” ¿Nos faltó la atención en otro tiempo? El hecho es que Camus, al dudar de su excelencia, nos sorprende. Sin duda, la seguridad que le reprochamos residía más bien en su manera de parecer que de ser. Sin duda, se trata de su manera peculiar de construirse, evitando ese enfrentarse desesperante con la nada. Todo sucede como si los críticos, o los ataques de que le hicieron objeto, sobre todo los durísimos que le dirigió Sartre, hubieran llegado, con su

severidad, a incitar a Albert Camus a volver sobre sí mismo. Cualquiera que fuese la falta de benevolencia de sus adversarios respecto de él, valía la pena de que se tomara en consideración su hostilidad. Si le veían así, ¿no es porque tal era su apariencia? Esto es lo que quizá se ha dicho Camus. Esta es la reacción, cuyas consecuencias descubrimos en *La Chute*, pero no sólo las consecuencias estéticas, sino también las éticas.

Hasta ahora hemos comentado *La Chute*, como si el autor se hubiera propuesto hacer un ensayo sobre él mismo, y no es este el caso. Pero no por ello deja de ser un relato, cuya objetividad aparente no disimula de intento nunca la subjetividad. Al final, Camus deja caer el antifaz: es verosímil que el narrador se dirigiera a sí mismo. Lo que no significa en absoluto que ese Jean-Baptiste Clamence sea el propio Camus. Digamos más bien que aparece como su portavoz, a quien él ha encargado no sólo de contestar a sus enemigos (y a sus amigos, que apenas difieren de los otros), sino de seguir su juego y de asumir sus reproches, en la medida en que hay algo de verdad en su actitud hacia él. Gracias a este subterfugio, no sólo identificado, sino querido por él, Albert Camus puede burlarse amablemente, a la vez que eficazmente, de sí mismo. Este es el humor que, en el espacio de tiempo en que se escribe un libro, se convierte en su modo peculiar de *solidarizarse con sus fracasos*; bella fórmula que, como se sabe, era la de Jacques Rivière.

El narrador es un antiguo abogado, exilado voluntario en Amsterdam (cuyas bellezas de cielo y de agua le permitirán hacer bellas variaciones). "Yo tenía una especialidad: las nobles causas (...). Me bastaba percibir en un acusado el más leve olor de víctima, para que mis mangas entrasen en acción (...). Se hubiera creído, en verdad, que la justicia se acostaba conmigo cada noche (...). La naturaleza me ha servido bien, en cuanto al físico; la actitud noble acude a mí sin esfuerzo. Además, yo me sentía sostenido por dos sentimientos sinceros: la satisfacción de hallarme en el lado bueno de la barra y un desprecio instintivo hacia los jueces, en general". El retrato es parecido. No falta en él, algo más adelante, la alusión

a esos “dos o tres manifiestos o quizá más”, lanzados y firmados con el menor motivo. Ni siquiera la ironía franca: “Detengámonos en lo alto de estas cimas. Ahora comprendéis lo que yo quería decir cuando hablaba de apuntar más alto. Yo hablaba justamente de esos puntos culminantes, los únicos donde puedo vivir. Sí; jamás me he sentido cómodo, si no es estando en las situaciones elevadas”. Ni siquiera deja de burlarse, de pasada, de su propio estilo:

“Cuando yo vivía en Francia, no podía encontrar un hombre inteligente sin que me procurase en seguida su trato. ¡Ah! Veo que se agita usted ante este imperfecto de subjuntivo. Confieso mi debilidad por este modo y por el bello lenguaje, en general. Es una debilidad que me reprocho, créame. Sé perfectamente que el gusto por la ropa interior fina no supone forzosamente que se tengan los pies sucios. Eso no importa. El estilo, como la popelina, disimula con demasiada frecuencia el eczema. Me consuelo de ello diciéndome que, después de todo, los que farfullan tampoco son puros”.

La pureza, la estimación de sí mismo. Nostalgia que ha hecho siempre la grandeza de Camus, a pesar de sus fallos, que confiesa hoy, por primera vez: lo que confirma y, sin duda, hasta aumenta su nobleza, en lugar de atentar a ella. Este hombre que a menudo se ha erigido en juez, sufre a su vez de ser juzgado, pero aprovecha la lección de este estado de cosas: “A partir del momento en que he sospechado que había en mí algo que juzgar, he comprendido, en una palabra, que había en ellos (sus semejantes) la vocación irresistible de enjuiciar”. Jean-Baptiste Clamence desmonta *su bella alma* y no está orgulloso de lo que descubre: “Entonces he comprendido, a fuerza de hurgar en mi memoria, que la modestia me ayudaba a brillar, la humildad a vencer y la virtud a oprimir”. No mezclamos aquí al narrador con el autor. Camus tiene sus debilidades, que no son exactamente las de su héroe. Le hemos oído confesar hace poco lo que algunos habíamos ya descubierto desde hace tiempo, no sólo en él, sino más generalmente en esos intelectuales que se atribuyen,

con excesiva facilidad para nuestro gusto, el derecho a tener una conciencia tranquila: *la satisfacción de hallarse en el lado bueno de la barra*. De ahí que tengan un desprecio fácil para ciertos adversarios. Pero esta actitud, abusiva o no, implica al principio un sentimiento de malestar espiritual. Albert Camus, que había construido toda su obra para escapar sin hacer trampa a las contradicciones de su ser, vuelve a encontrar con su décimoquinta obra la insatisfacción inicial: “Dios no es necesario para crear la culpabilidad. Nuestros semejantes se bastan para ello, ayudados por nosotros. Habla usted del Juicio Final. Permítame que me ría respetuosamente de eso. Lo espero a pie firme: he conocido lo que es peor, es decir, el juicio de los hombres. Para ellos no hay circunstancias atenuantes, hasta la buena intención se considera un crimen (...). Todos culpables, todos castigados, escupámonos nosotros mismos y ¡hala!: ¡A la tortura! Se trata de saber quién escupirá el primero, eso es todo. Voy a revelarle un grato secreto, querido amigo. No espere el Juicio Final, porque éste se celebra todos los días”. El narrador descubre *que hay que someterse y reconocer su culpabilidad*. No se cesa de hablar de piedad, si no es para mostrarse más implacables: “Sencillamente, ya no se absuelve a nadie”. El verdadero tormento: no sólo el de ser juzgado, *sino el de ser juzgado sin ley*. Esta es la razón de este alarde:

“No, ya he hablado bastante en otro tiempo para no decir nada. Ahora mi discurso está orientado. Está orientado, evidentemente, por la idea de hacer callar las risas, de evitar personalmente el juicio, aún cuando en apariencia no haya ninguna salida. El gran obstáculo para escapar a él ¿no es que nosotros somos los primeros en condenarnos? Hay que empezar, pues, por extender la condenación a todos, sin discriminación, con objeto de diluirla ya. En primer lugar ninguna excusa jamás, para nadie. He aquí mi principio. Niego la buena intención, el error estimable, el mal paso, la circunstancia atenuante ...”

Dialéctica sorprendente que, de modo irónico, renueva el juego de prestidigitación a que se entregaba Albert Camus al final de *L'Hom-*

me Révolté, haciendo un llamamiento al espíritu mediterráneo, con una arbitrariedad que François Bondy ya señaló en *Preuves*. Por lo demás, parece que el humor sombrío de su presente demostración acusa la seriedad de ella. Albert Camus procura una vez más resolver sus contradicciones, grave empresa en verdad, incluso si, bajo el aspecto de un cuento filosófico, se escoge para ello el tono de broma aparente.

Emile Henriot, aunque reconoce la nobleza de Camus, habla con motivo de *La Chute*, de *confesión repugnante y de filosofía degradante*. Por mi parte, yo estaría dispuesto a creer que, con excepción de ciertas audacias pintorescas y de rasgos caricaturizados a propósito, hay que interpretar aquí la mayor parte de las frases de nuestro autor al pie de la letra. La ironía algo tensa del tono confirma, a mi entender, esta interpretación. Es verdad que yo no veo nada repugnante ni degradante *a fortiori* —muy al contrario— en estas frases, que sólo dejan de ser tristes para hacerse desesperadas. Me parece, por ejemplo, que una página como ésta, que yo creo conveniente citar entera, está llena de alusiones concretas a hechos que seguramente no sólo Albert Camus conoce:

Una vez despierta mi atención, no me fue difícil descubrir que yo tenía enemigos. En primer lugar, en mi oficio, y después en mi vida mundana. Yo había hecho favores a unos. A otros, hubiera debido hacérselos. Todo esto, en suma, era natural y lo descubrí sin demasiada pena. En cambio, fue más difícil y doloroso para mí admitir que tenía enemigos entre las gentes que apenas conocía, o que no conocía en absoluto. Siempre había pensado yo con la ingenuidad de que ya he dado algunas pruebas, que los que no me conocían no podrían dejar de amarme, si llegasen a tratarme. Pues bien, ¡no! Encontraba enemistad sobre todo entre los que apenas me conocían, y sin que yo les conociese. Sospechaban, sin duda, que yo vivía en la abundancia y abandonándome libremente a la felicidad: esto no se perdona. La actitud del éxito, si se lleva de cierta manera, es capaz de hacer rabiar a un asno. Por otra parte, mi vida estaba

llena hasta rebosar; y por falta de tiempo, yo rehusaba muchas proposiciones. Después, por la misma razón, yo olvidaba mis negativas. Pero esas proposiciones me habían sido hechas por gentes de vida poco intensa y que, por este motivo, se acordaban de mis negativas”.

La amargura importa menos que la pena. Pensamos de nuevo en Maurice Barrès y en esta confidencia *tardía, amarga*, sincera, relatada por Henri Mondor en la obra precitada: “Hay algo que es verdad: la búsqueda de cierta nota justa, de la que tratamos de desprendernos, de componerla y de expresarla. Hay algo que es falso: el que haya placer en la notoriedad”. El héroe de *La Chute*, que en este punto preciso hay que identificar con su creador, no finge ser indiferente ni a la incomprensión ni a la envidia. Confiesa su angustia al sentir que esas reacciones son a veces justificadas. No lo es seguramente la imperdonable envidia. Pero hay lo que llamamos incomprensión, o comprensión diferente de la nuestra: “En cuanto a mí, la injusticia era mayor: se me condenaba por las dichas pasadas. Yo había vivido durante mucho tiempo con la ilusión de un acuerdo general, cuando en realidad de todas partes, los juicios, las flechas y los escarnios se precipitaban sobre mí, distraído y sonriente. El día en que me dí cuenta, adquirí la lucidez, recibí todas las heridas al mismo tiempo y perdí mis fuerzas de una sola vez. Entonces el universo entero se puso a reír a mi alrededor”. Ese tono es el de Nietzsche.

Las heridas recibidas del exterior tendrían poca importancia, si no revelasen en el narrador un mal secreto, sólo de él conocido: la cobardía de un instante, que él no se perdona y que le sigue atormentando. Un día, una joven se ahogó, no lejos de él, sin que acudiese en su ayuda. ¿Por falta de referencias, el crítico ha de hacerse aquí discreto y no ha de tratar de imaginar que Albert Camus haya querido expresar algo personal con esta alusión a una falta que evidentemente no ha cometido y que debe imputarse sólo a su personaje? Sin duda este rasgo inventado está aquí en lugar de otro que no lo es. Tal vez Albert Camus ha querido sugerir solamente con ello

el sentimiento de culpabilidad que no le ha abandonado jamás, desde que tiene uso de razón, y del que es testimonio toda su obra. Culpabilidad inherente a la naturaleza humana y de la que todos somos solidarios. Feliz el señor Henriot que cree poder protestar: "Yo no estoy en absoluto convencido, y me declaro inocente de todas estas quejas que se me imputan y de esta conciencia inquieta que, por sistema, se me atribuye (...). Y diciendo esto, defiende simplemente al hombre que nuestros sombríos doctores consideran indefendible".

En *La Chute*, Albert Camus renuncia al paradójico, pero sistemático optimismo de sus libros precedentes; esperanza nacida de la desesperación, de que son prueba, bajo formas diversas, el *Mythe de Sisyphe*, *La Peste* y *L'Homme Révolté*. No es que reniegue de sus tentativas pasadas para reducir de nuevo a la medida del hombre, la desmedida que le aplasta. Pero abandona un momento su esfuerzo para tomar un poco de aliento y quejarse nuevamente. Sísifo enfermo y desesperado no es tan dichoso como quería probarse a sí mismo, para no desesperar, y busca otra posición para dormir o desterrar su dolor. De ahí ese hermoso libro, el más hermoso sin duda que Albert Camus ha escrito, precisamente desde el *Mythe de Sisyphe*. Lo mismo sucede con *L'Etranger*, en el que la culpabilidad de los inocentes, que todos nosotros somos, constituía ya el verdadero asunto. Para hacérselo comprender, Camus escoge a un culpable: el autor de un asesinato. Amplificación que permitía hacer admisible primero la culpabilidad (Meursault había matado), después la inocencia (él no había querido este asesinato, que se había realizado en cierto modo fuera de él, por culpa del sol y de su borrachera, según trataba de explicar a sus jueces, quienes naturalmente no podían admitir esta explicación). A decir verdad, Meursault, si no lograba sentirse responsable de este accidente, no se estimaba por ello menos culpable, pero de una culpabilidad anterior al crimen. Desde las primeras páginas de este libro, mientras vela a su madre muerta, descubre de pronto a los pensionistas del asilo reunidos con él, alrededor del cadáver: "Durante un momento, tuve la impresión ridícula de que estaban allí para juzgarme". Más adelante, pero todavía antes del

drama, piensa en el momento de justificarse por una falta a una regla de decoro: "Esto no significaba nada. De todos modos, siempre se es un poco culpable". El Meursault de *L'Etranger* hubiera podido decir, como el Clamence de *La Chute*: "Sólo he sido verdaderamente sincero y entusiasta en la época en que hacía deporte y en el regimiento, cuando trabajaba en las obras teatrales que representábamos para nuestro placer. En ambos casos había una regla del juego, que no era seria, pero nos divertía tomarla como tal. Aún ahora los partidos del domingo, en un estadio lleno hasta los topes, y el teatro, que he amado con una pasión sin igual, son los únicos lugares del mundo donde me siento inocente". Pero aquí es Albert Camus quien habla y no Jean-Baptiste Clamence (conocemos su gusto por el teatro y por los deportes).

El fin didáctico de *L'Etranger* se avenía mal con el resto del libro. ¡Qué agilidad mental de pronto en este hombre, cuyo pensamiento era perezoso y rudo! El discurso del héroe se hacía demasiado bien articulado. El autor había ocupado su puesto, hablaba en su nombre, defendiendo una tesis que no cesaría de exponer bajo diversas formas: la victoria del hombre, proclamada por él en el seno de su derrota. Artificio, pero conmovedor, en que la debilidad de la novela descubre la fuerza moral del novelista. Este hombre *sólo* es todavía el de *La Chute*, pero que en *La Chute* se explica desde las primeras páginas, gracias a una facilidad de elocución que, esta vez, corresponde a su personaje. El autor ha querido presentar a Clamence aún más abandonado y desprovisto de todo que el criminal de *L'Etranger*, y sus faltas aparecen a la vez menos graves, pero más molestas, porque han sido vividas y asumidas con irrisión. Esa risa que oye una noche Jean-Baptiste Clamence, es la de su desprecio para sí mismo. No por ello nos gusta menos, a pesar suyo, y tanto más, cuanto que parece más perdido, ya que no habrá un amanecer que venga a justificarle, como aquél en que Meursault morirá guillotinado. "Para que todo quede consumado, para que me sienta menos solo, me faltaba únicamente desear que hubiese muchos espectadores el día de mi ejecución y que me acogiesen con gritos de

odio". Estas últimas palabras, excesivamente testarudas, de *L'Etranger*, tienen ya el tono cruel y sardónico de *La Chute*. Ese "minus habens irresponsable", de que habla curiosamente el señor Henriot en su crítica, el Meursault de *L'Etranger* ha comprendido que es la única salida para el hombre consagrado a la muerte. Este es el verdadero sentido de esos ¿para qué? de un hombre para el cual todos los gestos son equivalentes en la medida en que carecen de valor. Su ininteligencia aparente procede de una inteligencia aguda, como su negativa a representar un papel falseado de antemano procede de una nobleza fundamental. Sin duda *La Chute* se aclarará con el tiempo, y dentro de diez años nadie podrá decir ya de Jean-Baptiste Clamence, como yo he oído asegurar, que es un sinvergüenza.

Es instructivo ver invocar al Cristo en esos dos libros, uno de los cuales marca el punto de partida y el otro una etapa ya lejana de un pensamiento que tiende a su realización. Cristo es recusado en uno y en otro, pero en *La Chute* lo es con menos violencia, y hasta con pena, si no es incluso con nostalgia. No es que el descreído tenga dudas. Camus se siente suficientemente seguro de sí mismo ahora para evocar a Cristo sin blasfemar, y hasta con una especie de complicidad. No es a Dios a quien ama en él (puesto que él no cree en Dios), sino al hombre que tampoco era completamente inocente: "Los niños de Judea exterminados, mientras sus padres le llevaban a un lugar seguro, ¿por qué habían muerto, si no es por su causa? Claro está que él no lo había querido. Esos soldados sanguinarios, esos niños cortados en dos le horrorizaban. Pero tal como era, estoy seguro de que no podía olvidarlos. Y esa tristeza que se adivina en todos sus actos, ¿no es la melancolía incurable del que oye durante las noches la voz de Raquel, gimiendo por sus pequeños y rehusando todo consuelo? El lamento se elevaba en la noche, Raquel llamaba a sus hijos muertos por él ¡y él estaba vivo!" Pero es sobre todo el Cristo de "¿por qué me has abandonado?" al que saluda Camus: "Y él no era sobrehumano, podéis creerme. El clamó en su agonía, y por esto le amo, amigo mío, porque ha muerto sin saber". Ya en *L'Etranger*, a pesar de la vehemencia de la negativa

de Meursault, sentíamos en Camus la nostalgia de la Redención. No se nos presenta como antipático el juez de instrucción creyente, a pesar de sus excesos y de sus torpezas. A veces hasta es una parte de Camus la que habla por su voz, el Camus que hubiera querido creer, pero que no podía (la fe es una tentación, y en el hecho de no ceder a ella puede haber nobleza).

“Me ha preguntado si yo creía en Dios. He contestado que no. Se ha sentado con indignación. Me ha dicho que era imposible, que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, hasta los que se volvían para no mirarle a la cara. Esta es su convicción, y si alguna vez llegara a dudar de ella, su vida ya no tendría sentido. “¿Quiere usted, ha exclamado, que mi vida no tenga sentido?” A mi entender, esto no me importaba, y se lo he dicho así. Pero, por encima de la mesa, hacía ya avanzar al Cristo bajo mis ojos, gritando de un modo desahogado: “Yo soy cristiano...”

Más adelante, el juez se resignó con la falta de creencias del acusado y se calmó: “¡Basta por hoy, señor Anticristo!” En *La Chute* leemos: “Sobre la inocencia muerta pululan los jueces, los de todas las razas, los de Cristo y los del Anticristo que, por lo demás, son los mismos, reconciliados en la intranquilidad de su conciencia. Porque no hay que acusar sólo a los cristianos. Los demás también son culpables”. Albert Camus no se desolidariza de la culpabilidad general. Esta comunidad redentora de *La Peste* ya no es aquí para él más que la de los hombres solitarios, y no obstante, solidarios. Todos cómplices y todos desgraciados. Todos jueces y todos juzgados. De ahí esa confesión de *juez-penitente*, a la que Jean-Baptiste Clamence finge consagrarse: “Puesto que todo juez acaba un día como penitente, había que tomar el camino en sentido inverso y hacer oficio de penitente, para poder acabar como juez”.

“Lo esencial es poder permitírselo todo, a cambio de confesar, de vez en cuando, a grandes voces, la propia indignidad. De nuevo

me lo permito todo, y esta vez sin reirme. Yo no he cambiado de vida, continúo amándome y sirviéndome de los demás. Solamente la confesión de mis faltas me permite volver a empezar con más ligereza y disfrutar dos veces, primero de mi naturaleza y, después, de un arrepentimiento encantador”.

Camus acusa aquí hasta el absurdo la ignominia de Jean-Baptiste Clamence, del mismo modo que exageraba la lucidez de Meursault, al final de *L'Etranger*.

Lo que nuestro autor logra menos bien son sus fines. Ya hemos señalado el artificio último de *L'Homme Révolté*, en el que Camus, con la esperanza de escapar a las contradicciones acerca de él, hace con una eufórica gravedad, un llamamiento al alegre Mediterráneo, para recuperar la confianza y la alegría. Esta intervención del escritor, que es ante todo la manifestación de un artista que desea acabar su obra y cerrarla, resulta de vez en cuando molesta aquí. Quizá lo es un poco menos en *La Chute*, debido a la frase caricaturesca de Camus. Pero también lo es un poco más, debido a ese masoquismo de que da pruebas de pronto un escritor que se había tratado bastante mejor hasta entonces —demasiado bien, tal vez—. Si exagera hasta hacerse odioso, ¿no es con la intención disimulada de comprometerse con su héroe? Albert Camus no quiere que se le tome por otro. Prefiere abundar en la opinión de sus jueces, puesto que, en realidad, si se siente inocente en relación con los puntos que se le reprochan, se siente culpable en relación con otros. Y más aún, porque no hay inocentes. Manera sutil, quizá, de alegar, a pesar de todo, su inocencia. Es preciso que cada cual se acomode como pueda con la angustia de vivir.